

● LA PAPIROFLEXIA COMO ● INSTRUMENTO DE CRÍTICA SOCIAL

Primera nota: una pajarita poco ingenua

Laura Rozenberg

Que la pajarita, que el molinillo, que el barquito... Hemos leído hasta el cansancio que la papiroflexia está considerada, por el común de las gentes, como un simple pasatiempo infantil. Deseamos revelarnos contra tamaña injusticia creando esculturas papiroflécticas cada vez más complejas, obras que logren perforar el blindaje de los museos más codiciados del mundo. Algunas lo han logrado, sí. Pero más allá de esta batalla, que sigue dándose en casi todas partes donde existan plegadores, hay un uso de este género que no hemos tenido demasiado en cuenta. Me refiero al uso de la pajarita como instrumento de crítica social.

Parece imposible, ¿no? Algo tan ingenuo como la pajarita no puede convertirse en espejo de nuestras miserias. Pero la pluma de algunos pensadores y escritores lo han hecho posible.

La mayoría de los que estamos en el asunto *papirologógico* desde hace tiempo, conocemos los famosos *Apuntes para un tratado sobre cocotología*, que aparece al final del libro *Amor y pedagogía*, de Miguel de Unamuno. Publicado en 1902, el apéndice se presenta como un texto de corte humorístico, en el que se describe la historia natural de la pajarita de papel. Recuerdo haberlo leído varias veces, siempre interrogándome sobre cuál sería el sentido de aquellas páginas que parecían sacadas de un tratado científico de la época. En él se describen, con lujo de detalles, la anatomía de la pajarita y sus relaciones evolutivas, con profusión de gráficos y términos pseudotécnicos. ¿Era un tratado de humor, una sátira? ¿Una crítica al darwinismo? ¿Y por qué Unamuno habría de tomar a la ligera algo tan serio como la ciencia? ¿Acaso estaba reñido con la teoría de Darwin y la tomaba en solfa?

Desde luego, para entender el sentido que Unamuno le quiso dar a su relato, había que analizar el contexto. Recién entonces podría esclarecer su significado.

En realidad, no es hacia el darwinismo a donde dirigió sus dardos¹, sino al llamado científicismo, esa convicción de que el único conocimiento posible es el que se obtiene a través del método científico. A Unamuno, que había sido un fervoroso defensor de las nuevas ideas científicas de la época, le preocupaba el crecimiento del reduccionismo a ultranza. En sus escritos posteriores a 1897 comenzaría a distinguir la materia científica de la espiritual, es decir, aquello que «se descubre con los ojos y oídos del corazón».²

La conciencia, la intuición, los sentimientos, el arte, la felicidad, no se podían explicar con fórmulas científicas. No todos los problemas podían reducirse a cuestiones biológicas. El espíritu quedaba excluido de los tubos de ensayo (aunque Unamuno siguió siendo un gran admirador de su compatriota Ramón y Cajal). Él, que había sido un gran entusiasta de la

¹ De hecho, Unamuno fue un acérrimo defensor de la teoría de la evolución, y de Darwin afirmó que fue «uno de los hombres más grandes que el género humano ha producido». En: Alicia Villar Ezcurra, «La crítica de Unamuno al científicismo», *Pensamiento*, vol. 69, n.º 261 (2013), pp. 1035-1048.

² Revista *Caras y caretas*, Buenos Aires. 19 de mayo de 1923.

ciencia y del progreso, que admiraba el positivismo de Spencer y el racionalismo de Hegel, cuando cumplió la edad de Cristo, se puso, de pronto, místico.

Desde entonces, comenzaría «a denunciar los riesgos de una actitud científica que excluye o se cierra a cualquier tipo de saber». El cientificismo llevado a un extremo era tan pernicioso como el fanatismo religioso de las antípodas, que la ciencia trataba de contener y combatir. Tras su crisis espiritual, buscó «alivio y calma en la vuelta a los hábitos de su niñez, en la fe de su infancia y en la resurrección de su alma de niño», escribe Alicia Villar Ezcurra³.

No es extraño, entonces, que en 1902, superada la crisis y ya pisando firme su nuevo derrotero, escribiese el *Tratado de cocotología*, añadiéndolo a un estudio crítico sobre los efectos de la pedagogía mal aplicada. Por eso para Unamuno la pajarita no es algo ingenuo. Aunque pocos se dieran por aludidos y el documento pasase por una simple e inofensiva parodia, para el que supo leer en clave, la pajarita, con su pico afilado como una espada, sería el *alter ego* del Unamuno espiritual, el que vino a rebelarse contra aquellos a los que consideraba «sacerdotes de la sacrosanta Ciencia»⁴. Muchos se habrán sentido decepcionados con el giro que emprendió su obra, mientras que otros dieron la bienvenida a un sabio más espiritual y soñador. Un Unamuno que jugaba con los niños plegando papirolas, que se interrogaba sobre el sentido de la vida y la verdad de la intuición, y, sobre todo, un Unamuno que se reconocía en la frase de Hamlet: «Hay en los cielos y en la tierra, Horacio, más de lo que sueña tu filosofía».

Lecturas sugeridas:

Apuntes para un tratado de cocotología, Miguel de Unamuno. Anexo del libro *Amor y pedagogía*. Numerosas reediciones desde su primera publicación en Barcelona, en 1902, a la actualidad.

«La Crítica de Unamuno al cientificismo», Alicia Villar Ezcurra. Revista *Pensamiento*, vol. 69, 2013.

³ Villar Ezcurra, A. *Op. cit.*

⁴ Villar Ezcurra, A. *Op. cit.*